

CARTA LINGÜÍSTICA.

Eibar 22 de Diciembre de 1886.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: La palabra humana consta de tres factores: *idea*, *sensacion* y *sonido*, y contiene dos afirmaciones fundamentales que se completan en una tercera; como el hombre, de quien es fiel imágen, consta á su vez de tres factores, *alma*, *principio vital* y *cuérpo*, y contiene tambien dos afirmaciones fundamentales que se completan en otra tercera.

En efecto, la primera afirmacion que hacemos de la *palabra* es la de ser un sonido animado y vivificado por una idea, de la cual ninguna de ellas podrá carecer, si ha de merecer aquel nombre; como la primera afirmacion que hacemos del hombre es la de un ser dotado de una alma racional, de la que ninguno de sus individuos puede carecer si ha de merecer aquel nombre; y así como por el alma racional distinguimos el ser-hombre de todos los demás seres, así tambien por su idea distinguimos el sonido palabra de los demás sonidos. La idea es, pues, la característica de la palabra y su principio vivificador; como el alma es la característica del hombre y el principio vivificador del mismo.

La segunda afirmacion que hacemos de toda palabra es la de la vivificacion, por aquella idea de una sensacion particular contenida en un sonido ó grito dado; como la segunda afirmacion que hacemos

de todo hombre es la de la vivificación por el alma racional de un principio vital contenido en un organismo dado; y así como por esta afirmación del alma racional en un principio vital, y por las cualidades particulares que en él muestra, distinguimos los hombres entre sí y los unos de los otros, así también por la manifestación de la idea en una sensación y por las condiciones particulares que en ella muestra, distinguimos las palabras entre sí y las unas de las otras.

Estas dos afirmaciones son igualmente necesarias al concepto de la palabra; la primera, porque sin la idea que la vivifica, la palabra no puede ser, como sin el alma racional el hombre tampoco puede ser; la segunda, porque sin la manifestación de la idea en la sensación, la idea no sería conocida, y la palabra no podría nacer; y la segunda, porque sin su manifestación en el principio vital, el alma no sería conocida, y el hombre no podría nacer; mas todas dos se completan en una tercera, el sonido, en el cual encarna la *idea-sensación* como el *alma-principio vital* se encarna en el cuerpo.

Ahora bien; así como la palabra consta de dos afirmaciones que se completan en una tercera, así también consta y debe constar de dos signos expresivos de aquellas afirmaciones que se completan á su vez en un tercero; puesto que la lengua no puede hacer afirmación ninguna, sino mediante un signo que ha de ser precisamente un signo audible y un grito humano. La consecuencia no puede ser más legítima, y aun cuando no hayan pensado en ello los filólogos, nos autoriza, sin embargo, para dirigirles la siguiente pregunta.

¿Las infinitas voces de que constan las lenguas, contienen por ventura los signos expresivos de aquellas afirmaciones, como debe suceder si la palabra ha de ser la expresión de la idea por medio del grito? De ningún modo; pues de lo contrario, las palabras, así como están animadas de una idea común, de la que ninguna de ellas puede carecer, estarían también dotadas de un signo común, del que ninguna de ellas podría tampoco carecer, y este signo sería demasiado perceptible para que pudiera ocultarse á las miradas de los sabios. Mas, lejos de suceder así, lo que nosotros vemos es que todas las voces sin distinción son características muy abonadas para distinguir las palabras entre sí y las unas de las otras, pero inhábiles para distinguir estas mismas palabras de los gritos de que nacieron, como puede comprobarse en aquellas onomatopeyas *chio, zozo, kuku, eper, zu, gar,* etc., de que nos ocupamos, y en las cuales podemos figurarnos repre-

sentadas todas las voces, puesto que todas en sus orígenes han sido otras tantas onomatopeyas. Examinense, pues, una á una todas estas voces, y se advertirá que son características muy abonadas para distinguir entre sí y de los demás, los nombres de que son signos, pero inhábiles para distinguir estos mismos nombres de los gritos *chio*, *zozo*, *kuku*, *eper*, etc. de que nacieron, y con los cuales, en efecto, se confunden, como sucede en nuestros cánticos y pasatiempos, y siempre que dichos gritos no están animados por la idea de la palabra que debe vivificarlos. ¿Cuál es, pues, la razón de esta diferencia? ¿Porqué *kuku* ha de ser un nombre dentro del lenguaje, y un grito inconsciente y sin ningún valor fuera de él? Estas diferencias no comprendidas de los filólogos dependen de que el grito es el organismo en que nace la palabra; como el cuerpo es el organismo en que se vivifica el hombre, y dista, por consiguiente, de la palabra tanto como dista el cuerpo de la persona del hombre; y así como este cuerpo es un organismo muerto cuando no está vivificado por el alma, así también el grito es un organismo muerto para la lengua cuando no está vivificado por la idea de la palabra. ¿Cuál ha sido, pues, esta idea no comprendida por los sabios, y cuál su signo en la lengua?

Hé aquí las preguntas á que vamos á contestar por última vez, para poner á la vista del filólogo, que así como las sensaciones de que el grito es expresión, no se hubieran transformado en la idea espiritual, sin la virtualidad del alma racional é inteligente nacida de Dios y hecha á su imagen y semejanza; así también, ninguno de los gritos expresivos de aquellas sensaciones y de que son ejemplo *chio*, *zozo*, etc. se hubieran transformado en la palabra hablada y espiritual sin la virtualidad del misterioso signo euskaro *i*, imagen y fiel reflejo del alma racional y nacido como ella de la idea de Dios, de quien á su vez aquel signo es imagen y símbolo dentro del lenguaje. En efecto; esta onomatopeya *i*, grito de *Dios*; grito del *alma*, y grito de la *idea*, interjección del temor en el hombre, pero también la exclamación inconsciente que exhaló su pecho al sentir la presencia de Dios cuya majestad impone, ha sido el que ha vivificado las voces todas del lenguaje, como la idea en él contenida ha vivificado los seres todos de la creación. Verifiquemos, pues, este aserto por última vez.

La existencia no puede dudarse que es condición anterior á toda palabra, puesto que esta es la afirmación de la existencia; como no cabe dudar que la palabra es condición anterior á todo nombre, pues-

to que este es la afirmacion de la existencia del *ser* ó de la cosa designada; y como tampoco cabe dudar que el nombre á su vez es condicion anterior á todo verbo, puesto que este es la afirmacion de la existencia del *ser* ó de la cosa designada dentro del *tiempo*; y el que así no lo comprende debe renunciar á toda investigacion lingüística. Mas en el pensamiento del hombre, Dios es condicion anterior á toda existencia; y por consiguiente en el lenguaje, expresion de aquel pensamiento, su signo *i* es condicion anterior á toda existencia; y como esta es condicion anterior á toda palabra, y la palabra condicion anterior á todo nombre, como este lo es á todo verbo, resulta que en rigorosa lógica el signo *i*, condicion de toda existencia, es tambien condicion de toda palabra, de todo nombre, y de todo verbo, el vivificador de toda palabra, de todo nombre, y de todo verbo, la palabra misma, el nombre mismo, y el verbo mismo, la sola palabra, el solo nombre, y el solo verbo, porque sin él ninguna palabra podrá *sér*, y él es la afirmacion de la existencia de Dios, que contiene en sí todos los *tiempos*. En una palabra: *i* es la afirmacion de las afirmaciones y el signo vivificador de las voces *chio*, *zozo*, *kuku*, etc., así como de las más de las lenguas.

¿Qué fué de él, y cómo no aparece en el lenguaje? La contestacion á esta pregunta la dimos al tratar de la declinacion primitiva del bascuence, demostrando que aquel generador, una vez que hubo vivificado la palabra, desapareció del lenguaje en cumplimiento de leyes que señalamos entónces á la atencion de los lectores, mas ántes de retirarse de él, habia infundido en la palabra por él vivificada la idea que le ha de animar hasta el término de su existencia; como Dios imprimió en la frente del primer hombre la imágen que le ha de acompañar durante su peregrinacion por la tierra. Mas así como nuestro progenitor salió de las manos del Creador dotado de la virtualidad necesaria para procrear los nuevos séres que han de perpetuar la vida de la humanidad; así tambien aquella primera palabra nació del signo *i* dotada de virtualidad bastante para procrear las nuevas voces que han de perpetuar la vida del lenguaje. Tal es el secreto de la vivificacion de la palabra por la palabra, no comprendida tampoco por los filólogos, y la razon de la ausencia de aquel signo.

Las palabras, pues, como el hombre, de quien son imágenes, nacen unas de las otras por una série de generaciones cuyos progenitores muchas veces desconocemos, pero de los cuales sabemos que se

remontan de ascendiente en ascendiente hasta llegar á aquella primera que no teniendo antecesor de quien nacer, tuvo que nacer de sí misma y en el signo *i* por la virtualidad de la idea de Dios; como el primer hombre salió de un poco de barro amasado y vivificado por el soplo divino. Pero si es cierto que los progenitores de las voces se nos ocultan á medida que avanzamos en lo pasado, también es cierto que conocemos las leyes en cuya virtud se renuevan las generaciones, y sabemos que, siempre que un sonido ó grito tiene que venir á la vida de la lengua, sucede que una idea emanada del cerebro se une á aquel grito para animarlo y vivificarlo y vivificar con él la nueva palabra; como sabemos que siempre que un nuevo ser tiene que venir á la vida sucede que una alma desprendida del seno de Dios se une al organismo naciente para vivificarlo y vivificar en él al hombre. Por el contrario, cuando una palabra tiene que perecer, se retira de ella la idea que la vivificó para volverse al cerebro, no quedando de ella más que el grito, que es un organismo muerto para la lengua; lo mismo que cuando un hombre perece, se retira de él el alma que le vivificó, para volverse á la presencia del Eterno, no quedando de él en la tierra más que un organismo muerto para la vida de la humanidad. Tal es el secreto de la renovacion y muerte de las voces, tampoco comprendida por los filólogos, igual enteramente al secreto de la muerte y renovacion de las generaciones humanas.

¿Qué es, pues, preguntamos nosotros, la idea de la palabra, no comprendida tampoco hasta la fecha? La idea de la palabra no es otra cosa que la conciencia que nos asiste de que un principio inmaterial, algo semejante á nuestra alma, y nacido como ésta en el seno del Eterno, anima y vivifica el Universo sensible; como el alma anima y vivifica al cuerpo; y así como no hay en este cuerpo una sola partícula ni un solo átomo que no esté vivificado por la presencia virtual del alma, así también no hay en aquel universo sensible un solo átomo ni una sola partícula que no esté animada por aquel principio inmaterial nacido en Dios y presente en todo lo sensible.

El universo está lleno de seres (*i-z*), animados y vivificados por aquel principio inmaterial nacido en Dios pero presente en lo sensible; la lengua, por su parte, está llena de voces (*iz*), *zozo*, *kuku*, *chio*, características de aquellos seres, y vivificados á su vez por aquel principio inmaterial nacido en Dios *i*, en el que se unen en la forma *chio i*, *zozo-i*, *kuku-i*, etc., pero presentes en lo sensible *a*, en el que se

muestran al hombre en la forma *chio-ia*, *zozo-ia*, *kuku-ia*, etc. Mas como lo que nace en Dios y está en El, participa de su misma naturaleza ideal, espiritual y subjetiva, *chio-i*, *zozo-i*, *kuku-i* serán á su vez nombres ideales, inmateriales y subjetivos, y carecerán de plural, porque Dios es la unidad, y lo que está en El participa de su misma naturaleza. Tal es el origen del indefinido euskaro que carece de plural. Mas los ideales en Dios no hubieran sido conocidos, si no se hubieran mostrado en lo sensible, y por lo tanto *chio-i*, *zozo-i*, no hubieran sido conocidos si no se hubieran mostrado en *a*, en el que se llenan y completan para darnos la noción del ser, como el alma se une en el cuerpo para darnos la noción de nuestra persona, y Dios en el universo para darse á conocer á su criatura. Tal es el origen del nombre definido, que es subjetivo-objetivo y complemento del anterior.

Ahora bien: sin el signo *i*, ó sea sin *idea*, la palabra no puede ser, sin la *sensacion* y sus signos *chio*, *zozo*, el ser careceria de característica, y el nombre no podria ser; mas sin lo sensible *a*, ni la idea ni el ser podrian conocerse. Por consiguiente, la palabra consta de tres factores y de tres signos; la *idea* y su signo *i* que se retiró de la lengua, la *sensacion* y su signo que son las voces de la misma *chio*, *zozo*, etc., y el *sonido* sensible y su signo *a*; y tiene una doble naturaleza desconocida del filólogo; una primera *inmaterial*, *chio i*, *kuku-i*, que se muestra en una segunda naturaleza *sensible*, *chioi-a*, *kukui-a*, etc.

No hay, pues, en la naturaleza más que una sola palabra y un solo verbo, Dios; no hay tampoco en la lengua más que una sola palabra y un solo verbo, su signo *i*. De él han nacido todos los nombres, y sin él ninguno puede ser; de él han nacido los pronombres personales *n-i*, *i*; *i-a* convertido por la eufonia en *a*, y sin él ningun pronombre podria ser: de él nació el verbo sustantivo primitivo *iz*, radical hoy del actual *iz-an* (ser, existir), y sin él ningun otro podria ser: de él el auxiliar activo primitivo *iau* convertido por la eufonia en *au*, radical del actual *auki* ó *euki*, (haber ó tener), y de él nacieron todos los nombres verbales, y de él, en fin, todas las palabras del humano lenguaje.

Tal es la demostracion que pensamos completar en los números sucesivos, en los cuales nos proponemos hacer á nuestro modo y manera una historia compendiada del desarrollo de la palabra desde sus primeros orígenes hasta nuestros dias, y esperamos realizar este

propósito, por quimérico que parezca, á satisfaccion de toda persona sensata.

Entre tanto, Sr. Director, saluda á V. afectuosa y cordialmente su afmo. amigo y S. S. Q. S. M. B.

JOSÉ DE GUIASOLA.

NOTA.—Ni todas las sensaciones se transforman en ideas, ni todos los gritos en palabras; muchas de aquellas se pierden sin que el alma se haga cargo de ellas, y muchos gritos tambien se pierden sin que la lengua se haga cargo de ellos. La variedad de nombres aplicados á un mismo objeto, de que nace la variedad de lenguas, es una ley del lenguaje, como la variedad de impresiones nacidas del mismo objeto, es otra ley encarnada en la naturaleza humana. Si Whitney hubiera conocido esta ley, no hubiera caido en el error de sostener, fundándose en aquella variedad, el absurdo principio de que la palabra del hombre es arbitraria y convencional: hubiera sabido que la palabra nace y se vivifica en el grito, y este le ha sido dado al hombre para expresar sus sensaciones, como el ojo le ha sido para ver, y el oido para oir, los pulmones para respirar y el estómago para digerir, mas el alma le ha sido dada para un destino más alto, para alabar á Dios y glorificarle.

